



IN MEMORIAM

# DESCANSE EN PAZ, DON ROBERTO: CONTINUAREMOS SU LEGADO

CEMENTERIO SANTA MAGDALENA DE PAZZIS,  
SAN JUAN, PUERTO RICO, 26 DE MARZO DE 1997

*Dra. Celina Romany\**

Don Roberto Sánchez Vilella muere con la serenidad que sólo ofrece la oportunidad de haber realizado los inventarios necesarios, la serenidad que ofrece haber recorrido, en estos últimos años, una vida entregada al Pueblo que amaba entrañablemente.

Hoy insisto, porque con Don Roberto en materia de halagos hay que insistir, celebrar públicamente el regalo de haberle conocido. Así suceden las cosas: “No le dé vueltas al asunto”, me decía, cuando en mi despedida le hablaba del regalo de haberle conocido. El regalo de reconstruir la memoria del Puerto Rico moderno. El regalo de conocer de cerca un nivel de autenticidad y transparencia pocas veces encontrado. Hoy, mi querido Don Roberto, opto por celebrar esa vida plena del que temprano reco-

\* La autora es Profesora de Derecho de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY); actualmente escribe la biografía de Roberto Sánchez Vilella en cumplimiento de su última voluntad.

noce el camino por recorrerse. Sin otra ambición que recorrerlo bien. El regalo de un hombre que con sencillez —asomada en una sonrisa amplia y tierna, y en la mirada del mar— transita los logros y los fracasos.

Con luz de una racionalidad que nunca le abandona, ilumina la lupa con la cual examina los logros y los errores de cálculo, aquellos que no pudieron medirse con la precisión del *slide rule* que le acompañó en los días de las predicciones electorales. El *slide rule* del gobernante, administrador y político que nunca dejó de ser ingeniero.

No puede escapar lo que al que vive 84 años no se le escapa: la urgencia de los inventarios. A Sánchez, hombre cuya vida se fragua en la ejecución y en el hacer, el inventario le requiere recorrer caminos desconocidos. Por los sures de la palabra, y con la palabra, se le presenta a Sánchez el reto de romper el cascarón de una identidad que se definió, hasta sus últimos días, por la reserva y la discreción. Precisamente, los rincones que alimentan la confianza que genera las intimidades que le hacen conocer, como pocos, al Muñoz hombre y al Muñoz arquitecto del Puerto Rico moderno.

Desde una modesta oficina en un Hato Rey del Puerto Rico que él ayudó a construir, entre bocanadas reducidas de un *Dunhill* que da los últimos golpes a unos pulmones lacerados, con Ana Luisa, su fiel secretaria, en la recepción, a unos pies de distancia, Sánchez habló sin parar. Alternando el humor, la tristeza y la esperanza.

Me toca estar de cerca en el justo momento en que las clausuras quieren ser aperturas. En el que Don Roberto no quiere que quede nada en el tintero del olvido y que no permita a la nuestra y a las futuras generaciones una cabal comprensión del proyecto político que se fraguó en nuestra isla en este siglo.

Sánchez Vilella habló y desde lo personal tejió las historias de su compromiso con Puerto Rico. Desde su amor por sus padres, sus hermanos, sus hijos, aunque con frecuencia se lamentara de no ser el mejor comunicador de la intensidad de

sus sentimientos. De como cuando el amor le toca a la puerta quiebra con todos los convencionalismos de su Ponce querido y aquellos del Puerto Rico de su gobernación.

Sólo abordando al ser humano puede comprenderse la obra realizada: **CELEBREMOS LOS RECUERDOS.**

### ESTÁ SU INFANCIA

Su padre, Luis Sánchez Frasqueri, es responsable de que, en Roberto, se genere un placer por la disciplina, por el método, por esa rutina de vida que trae la confianza de saber que el entorno camina al paso que uno le asigna. De que uno construye los caminos. Roberto nace en Mayagüez el 19 de febrero de 1913. De Mayagüez tiene escasos recuerdos. La casa de madera, pero con techo de tejas, que la hace albergue de muchos durante los terribles temblores del 1918.

La madre de Roberto lega su laboriosidad y un sentido impecable de la proporción y moderación. Angela Vilella era la reina abeja que supervisaba las tareas del hogar diariamente, incluyendo a una planchadora cuya hija Roberto Sánchez Vilella —el administrador público— encontraría años más tarde como una de las emigrantes residentes en la ciudad de Nueva York.

En la casa de la calle Reina, en Ponce, el patio estaba lleno de flores y frutas. Aroma de rosas blancas junto a los mangos, nísperos, limones y acerolas. Angela supervisaba las tareas de la cocina, presidida por un fogón grande de cinco hornillas. Roberto siempre merodeaba por la cocina. Su afición por la comida era notoria, llegando su mamá a dictaminar que, dada la ausencia de gustos discriminatorios en la comida, Roberto no tenía paladar.

Los contactos de Roberto con la Iglesia fueron, a lo sumo, instrumentales. La afición a la pelota lo acerca a la iglesia institucionalmente. Roberto se acercó a su primera comunión como un club potencial de pelota. Sólo aquellos que hubiesen recibido las clases de catecismo podían pertenecer al único equipo de pelota en el pueblo. Roberto hizo lo que tenía que hacer: tomó

la primera comunión y formó parte del equipo de pelota. Ya des-puntando como aficionado al hipismo, cuando luego de alguna negociación con su madre Roberto accedía asistir a la misa, ésta le ofrecía la oportunidad de combinar el programa hípico con el trasfondo de las oraciones.

La escuela pública sacude el mundo protegido de Roberto. Hasta el sexto grado asiste a la Escuela Reina. Se abre el mundo de las categorías sociales, aquel en que algunos amigos se mantienen literalmente como amigos de la calle, puesto que no son invitados a la casa. Comienza Roberto a enumerar para sí, sin grandes conocimientos sociológicos, la escalera social ponceña. Es un Ponce donde la educación pública intermedia y secundaria, para aquellos que así lo sienten, se encarga de democratizar las castas sociales.

La capacidad introspectiva de Roberto, y lo que muchos reconocen como su carácter reservado, encontró un mundo hospitalario en los libros de aventuras. Luego del juego de pelota en la calle cuando reinaba la calma, Roberto —buscando la soledad y el silencio— se subía a una horqueta del árbol de mangó en el patio a devorar a Alejandro Dumas, Javier de Montefín, Julio Verne, Salgari...

## ESTÁ SU ADOLESCENCIA

En la mudanza a San Juan, el joven Roberto afianza la timidez: el vertiginoso tráfico, las caras nuevas de la ciudad capitalina, los silencios al contemplar las muchachas. Comienza a ocupar un sitio privilegiado la compañía cercana de la melancolía. Que no lo abandonará nunca. Con frecuencia se encontraba a Roberto un domingo de cine en el Condado (que era campo y playa), en el parque Borinquen, contemplando el mar y sintiendo la soledad que volverá a reconocer el día de su divorcio a los 82 años.

El joven universitario conoce a Luis Muñoz Marín una tarde de junio de 1934. Luego de un arduo día de trabajo en torno a la implementación del *Plan Chardón*, Luis Muñoz Marín, con-

sultor especial del comité radicado en Washington, Jesús T. Piñero, cabildero de la *Asociación de Agricultores de Puerto Rico*, y Luis Sánchez Frasier, un político [del Partido] Liberal, se citan para unos cocteles en el *High Hat* del *Hotel Ambassador*, en Washington. Las seis de la tarde las marca la despedida del calor húmedo del día.

Roberto, a los 21 y recién graduado de ingeniería de la Universidad del Estado de Ohio, estaba en Washington acompañando a su padre y sirviéndole de traductor en los trabajos del día. Junto a su padre también estuvo a las seis en el *High Hat*, en reunión que le traza el mapa de una vida en el servicio público.

Lidereaada por la presencia imponente de Muñoz, la conversación no puede ser menos que intensa e hipnotizante para el joven Roberto. Todos coinciden en que el Partido Liberal debe ser reorganizado, de modo que se convierta en un nuevo partido. Es un partido maniatado por los intereses de unos terratenientes conservadores y por sus aliados.

Muñoz pide que le acerquen unas hojas de papel que anotarán los colaboradores para el proyecto político necesario. “Necesitamos cien hombres”, decía Muñoz. “Sólo 100 hombres. Cien hombres comprometidos con nuestro proyecto”, continuaba reiterando Muñoz, mientras con la misma rapidez con que se incorporaban nombres a la lista, éstos eran tachados por sus lazos con la vieja guardia.

“Y tú Roberto ¿qué vislumbras hacer en el futuro?”, pregunta Muñoz al joven a quien aquella conversación le tenía recreando imágenes de largas filas de trabajadores de la caña descalzos —pertenecientes a los reinos de los Serrallés o Mercado— o las imágenes de sus paseos por el Barrio Canas, Machuelo y Cuatro Calles, o del futuro de Pantaleón y sus hijos, el sastre que vestía a su padre con el traje impecablemente almidonado de hilo blanco. ¿Qué vas a hacer con tu vida? Roberto, un poco intimidado, le responde que tiene una oferta de trabajo con la

*Tennessee Valley Authority* en la cual estaría involucrado en su proyecto masivo de electrificación de la ruralía.

Muñoz le extiende una oferta difícil de rechazar. Su talento no podía beneficiar al sector rural estadounidense cuando millares de campesinos boricuas se alumbraban con velas y quinqués en bohíos de paja. Puerto Rico lo necesitaba.

La llamada del visionario despertó el gigante dormido del servicio público en Roberto. No es coincidencia que el barco que tome Roberto de regreso a Puerto Rico se llamase Borinquen. A bordo de la nave flotante que conjura las imágenes del futuro que le aguarda, Roberto pasa cuatro días sacudiendo las emociones en busca del cauce racional que dé larga vida a un claro mandato de responsabilidad social.

[El Embalse] *Garzas*, su primer proyecto como ingeniero, bajo la dirección de Don Antonio Luchetti, lo llevaría a proveer electricidad a los montes puertorriqueños.

Su vida en el servicio público ofrece volúmenes de historias en que se ilustra el proceso de formación del administrador y del político. En su parte temprana, Roberto comienza, en 1934, a trabajar con la FERA (*Federal Emergency Relief Authority*), en Arecibo, y terminada la jornada diaria se dirige en las tardes a reuniones con aquellos que intuían el quiebre con la dinámica política del momento. Allí logra hacerse un cuadro de un sistema judicial corrupto en el que terratenientes daban señales a jueces en las salas de los tribunales municipales que determinarían el resultado de los casos.

El encuentro de un Roberto joven, repleto de energía, ingenuidad y verticalidad (que en el futuro será tildada de terquedad e inflexibilidad) con el caciquismo no se hace esperar. Con apenas 22 años, a Roberto le tocó vivir de cerca, con agresión física y herida de bala incluida, la ira de los caudillos de pueblo (en este caso, Manatí).

La primacía de la reconstrucción social y económica es un asunto que forma parte del compromiso de un joven que hace de la empatía y de la responsabilidad social elementos clave en

su comprensión del mapa político a trazarse. Roberto está convencido de que ese es el camino y le convence el pragmatismo que informa el movimiento que se va gestando.

Ya para el año 1942, Sánchez comienza sus dos turnos característicos: hace el trabajo administrativo de día y pasa al círculo político temprana la noche. Muñoz le tuvo la mayor confianza, y desde temprano se forjó esa relación en la que se delegaban las tareas de gobernar desde las diversas posiciones ocupadas. Sólo en Roberto Sánchez Vilella Muñoz confiaba plenamente: “Muñoz sabía que yo no guardaba cartas en la manga.” Además, “conocía que no habían las ambiciones políticas.” Se desarrolló una relación en la que “una sola mirada bastaba en la comunicación.”

Sánchez conjugó las tareas políticas con las administrativas. Desde las sesiones en la playa Monserrate (Luquillo) con el mural del Yunque de fondo (con [Sol Luis] Descartes, [Teodoro] Moscoso, [Antonio J.] Colorado, entre otros) participó en la confección del boceto programático del Partido Popular. Pero no era sólo el pensamiento en equipo, era también la ejecución. Impecable, Sánchez caminó todos los pueblos coordinando con Jesús T. Piñero la labor de inscripción de dicho partido. Llevó con esas manos grandes que ahora le observaba en su lecho de enfermo, el [periódico] *El Batey* —el correo del pueblo— a los campos, ayudando a organizar las tertulias y tejiendo la red de conexiones personales que tuvo por largo tiempo con los líderes que se iban forjando en los pueblos.

El administrador público fue también actor político que manejó magistralmente la discreción. Junto a Muñoz Marín y colaboradores cercanos participó en conversaciones de estrategia político-partidista, de estrategias en torno al proceso creador del Estado Libre Asociado en su fase económica, social y político-constitucional.

Roberto Sánchez Vilella participó en la discusión de los diversos borradores que precedieron la aprobación de la Constitución del Estado Libre Asociado. Ese acercamiento



al tuétano de la discusión de nuestro *status* político marca el comienzo de lo que será, especialmente en estos últimos años, su contribución pública en torno a este tema. Fueron muchas las sesiones de discusión en las cuales, junto a Muñoz, José Trías Monge, Abe Fortas y Antonio Fernós Isern se barajaban las virtudes y defectos de alternativas políticas de la mano de un análisis de la realidad norteamericana de aquel momento.

Con el proceso de creación constitucional comienza también su compromiso con la preservación del constitucionalismo frente al poder político partidista. Junto a Víctor Gutiérrez Franqui, Sánchez fue defensor de un sistema republicano de gobierno como base de una representación política para todos. La defensa de nuestras instituciones de gobierno le lleva, de hecho, a romper un largo silencio en campañas electorales en las pasadas elecciones.

A partir de 1952, Sánchez se convierte en un administrador clave en el co-gobierno de la Isla. Es nombrado como titular de Obras Públicas y posteriormente a la Secretaría de Estado hasta el año 1964, fecha en que es seleccionado como candidato a gobernador por la misma maquinaria política que lo atacaría cuatro años más tarde. Como miembro de ese Ejecutivo, pierde largas horas de sueño ante una política de desarrollo que, en su caos, lleva a la dependencia. Como confidente del Gobernador, se siente muchas veces tentado a abandonarlo todo ante el cúmulo de contradicciones, especialmente cuando “la urna electoral se convierte en el altar.” Años en que Sánchez siente de cerca la impotencia de los peregrinajes que conforman los retoques al Estado Libre Asociado.

Roberto Sánchez Vilella resulta electo gobernador de Puerto Rico en noviembre de 1964 con la votación más alta entonces en la historia del Partido Popular y del país.

Del indispensable y energético ayudante del gobernador Muñoz, Sánchez pasa a ser el Gobernador caminante de su propio camino. A pesar de enfrentar, con la integridad que lo caracteriza, años turbulentos en sus relaciones personales y en las

relaciones políticas con los líderes de su partido, Sánchez deja un legado de excelencia en su gobernación. El gobierno de Roberto Sánchez Vilella fue un gobierno de renovación que cuestionaba el paulatino anquilosamiento de un modelo político y económico, y que el propio Muñoz llamaba *mofologuismo*.<sup>1</sup> Junto a un equipo que despliega un cambio generacional en la vida pública, Sánchez implementa un proyecto de modernización para Puerto Rico y de modernización del Partido Popular. Un proyecto de profesionalización de la administración pública. Pero Sánchez fue más allá. Como Gobernador, impuso un orden ético en la agenda de modernización.

Durante su gobierno, se creó la Comisión de Derechos Civiles; se sentaron las bases para el desarrollo de una política ambiental, especialmente con la *Ley de Minas*; se dirigió la mirada hacia el Caribe, creándose mecanismos de cooperación e incentivos comerciales. Además, se instauró una reforma agrícola y se creó la Autoridad de Carreteras. Se fortalece la separación de poderes mediante la reforma judicial que prohibió nombramientos de receso y que nombró, por primera vez, un comité asesor para los nombramientos judiciales. Por primera vez, se permiten inscripciones periódicas como parte de una reforma electoral. Por orden ejecutiva, se nombra la primera Comisión para los Derechos de la Mujer.

Don Roberto da nuevas dimensiones a la palabra *retiro*. Sus últimos años hacen que su importancia histórica cobre aún mayor significación. Desde la Academia y el análisis público, Sánchez reflexiona críticamente sobre el proyecto político que él ayudó a construir. Apenas en el 1993, fui testigo cercana de cómo se lanza —sin titubeos— a cuestionar un proceso plebiscitario que sólo da voz —y fondos públicos— a los partidos políticos. Que silencia al Pueblo. A sus 80 años, don Roberto, en el escenario de un litigio, escribe un ensayo práctico de la dicotomía partido y pueblo.

A la integridad y verticalidad no siempre las acompaña la valentía. En el año 1968, el Pueblo de Puerto Rico vivió a un

Roberto Sánchez que acepta el desafío que representaba la defensa pública de unos principios. Precisamente, un día como hoy —un 26 de marzo— Roberto Sánchez anuncia al País su decisión de buscar la renominación para el cargo de gobernador por el Partido Popular. En una convención histórica que cuestionó la democracia interna de dicho partido, Sánchez enfrenta a su líder máximo. No logra la nominación de su partido, pero hace historia. Se da cátedra de democracia.

Era la época de los radios transistores. Y ese domingo, 21 de julio de 1968, mientras en Washington los jóvenes de la paz y del amor arreciaban su protesta contra la guerra de Vietnam, compromisos de un Presidente sitiado en Casa Blanca por el acto fortuito del asesinato de John F. Kennedy, en Puerto Rico los puertorriqueños parecían tener orejas oscuras que reportaban el quiebre de una época. No se escapaban ni las paredes de los templos: la prédica dominical seguía de cerca los acontecimientos. Las calles estuvieron más desiertas que otros domingos. Las salas de cine reportaron pérdidas.

Sánchez se enfrentó al maestro que le encaminó en la vida pública. Se quiebra la simbiosis político-personal y se da paso a una contienda donde los más mínimos movimientos de los contendientes son totalmente predecibles, tal y como facilita la más sólida de las intimidades. Es el domingo de la Convención del Partido Popular Democrático, la convención que de la mano de una tecnología de comunicaciones incipiente, resulta ser la más aguardada en la historia política del País.

El gobernador Sánchez Vilella está tranquilo: está tranquilo. Se levanta a las usuales siete y, al echar un vistazo a la plácida bahía sanjuanera, la que lo ha acompañado en tantos momentos difíciles, siente la paz del que meramente le toca ejecutar la sentencia justa.

Comenzó diciendo que la voz del Pueblo es fácil de entender para los que la quieran oír:

Yo la he oído y entendido, durante esta campaña he estado en los municipios de la Isla, le he visto la cara al Pueblo y he oído su voz. He oído esa voz que solamente puede entenderse cuando se va al Pueblo sin amarras ni coacciones, cuando no hay temor a la verdad. Así sucedió en el '38 y vuelve a ser así en el '68... Quiero al Pueblo de Puerto Rico y a su justicia, a su valor para sí mismo y para otros, entrañablemente. Quiero al Partido Popular como ha de quererle siendo el servidor de ese pueblo.

Lo demás es historia más reciente. La creación del Partido del Pueblo pasó a ser la conciencia del Partido Popular, y Sánchez es su presidente desde 1968 hasta 1973.<sup>2</sup> Con la creación del Partido del Pueblo, no sólo se asiste a la antesala de una democracia participativa en un ámbito pluripartidista en Puerto Rico, sino que se aglutina un pensamiento que, liderado por Sánchez, articula la visión más prístina del autonomismo en Puerto Rico.<sup>3</sup> Roberto Sánchez Vilella es figura clave del pensamiento autonómico puertorriqueño de los últimos treinta años.

Cuando le invito a que me acompañe por bosques más frondosos en torno al '68, Don Roberto enciende su pipa, frunce el ceño y toma su tiempo al exhalar. Contesta con su característica sencillez y con esa voz profunda que en ocasiones amurallaba su calor humano:

Si lo que yo hice en el 68 fue en beneficio o en detrimento de la gestión pública —léase el pueblo de Puerto Rico— creo que tenía tres opciones: una, me voy para mi casa; dos, sigo como soldado de fila; y tres, me prendo. Con el agravante de enfrentarme a la posibilidad de que —como ocurrió— el Partido Popular perdiese.

Yo me estaba debatiendo esto último porque, si se me pregunta ahora, yo le diría que a Puerto Rico le iba a pasar esto, no importaba lo que yo hiciese. Que Puerto Rico, en esa dirección, iba a tener por lo menos cien años de soledad y una muerte anunciada. Iba a pasar. El Partido Popular estaba deteriorado

ya hasta el punto en que iba a ocurrir eso de todas maneras. Lo que yo llego a hacer es a acelerarlo.

Yo estaba convencido que el Partido Popular que yo había fundado, que yo había colaborado y había luchado todo este tiempo había muerto.

¿Qué queda para el futuro, don Roberto?

Afirmar la puertorriqueñidad a la altura de este nuevo siglo que se avecina y con las nuevas herramientas que el nuevo siglo exige. Lo que no cambia es la voluntad y el compromiso, la verticalidad que las nuevas visiones requieren. Lo que no cambia es la capacidad de imaginar lo que es posible.

Juntos leímos citas que sentaban los tonos de nuestras conversaciones. Una de las conversaciones que me causó más impacto comenzó con esta cita de Luis Rafael Sánchez:

Frente a tanto desgarró y tanto equívoco, tanto tirar y halar infinitos, tanta desvirtuación pronta a cumplir un largo siglo, tanta inimaginable coartada, se debe afirmar, a boca llena, que la proeza mayor que realiza un puertorriqueño consiste en ser puertorriqueño y quererse y afirmarse como tal.

*Descanse en paz nuestro querido don Roberto: continuaremos su legado.*

## NOTAS

- 1 Puertorriqueñismo del español coloquial que equivale a "fofo".
- 2 Sobre el Partido del Pueblo, véase Ana E. Flores Rodríguez, "El Partido del Pueblo: origen, desarrollo y ocaso", Tesis de Maestría, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1987. N. del E.
- 3 Sobre su pensamiento autonómico véase "Nuevo Pacto de Asociación. Discurso del Honorable Roberto Sánchez Vilella al Pueblo de Puerto Rico," miércoles 22 de julio de 1970. [mineografiado], que se publica en este número. N. del E.